



LA VERDAD Y LA VIDA EN LA OBRA DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

Carmen María Pinilla

Pontificia Universidad Católica del Perú

Mi intención esta noche es hacer comprensible los motivos por los cuales considero que Arguedas es el escritor más importante del siglo XX, quien mejor expresó la realidad social del Perú (sus problemas fundamentales y su potencial para superarlos y enriquecerse) a través de diferentes géneros discursivos, los cuales Arguedas llevó a sus más altos niveles. Es este conjunto de méritos lo que confiere valor universal a su producción. Recordemos que la obra de este escritor incluye la narrativa, poesía, recopilación folclórica, ensayo antropológico, traducción quechua, gestión educativa, periodismo y lingüística.

Empezaré recordando aquellos testimonios y acciones que revelan la manera como Arguedas cumple con los elevados propósitos de su proyecto de escritor; propósitos que, como veremos, están íntimamente ligados a su concepción de la verdad y la vida.

Lo haré de forma retrospectiva, pues empezaré por los testimonios vertidos hacia el final de su vida, y terminaré con aquellos expresados a los 19 años, momento en que consideramos se manifiesta ese proyecto de escritor con el que Arguedas soñaba desde la adolescencia, cuando “devoraba” las obras de Víctor Hugo.

Lo hacemos de manera retrospectiva pues queremos poner en evidencia la coherencia y fidelidad al proyecto inicial que empieza a realizar, como dijimos, a los 19 años.

En 1966, tres años antes del suicidio, el editor Juan Mejía Baca pidió a destacados intelectuales del momento que respondieran un cuestionario sobre

lo que consideraban eran los aportes de su obra al Perú. Arguedas respondió a esas preguntas en un texto que tituló “La literatura como testimonio y como una contribución”, donde expresó:

*“Creo haber aportado a lo que solemos llamar la peruanidad, contribuyendo, primero a despertar la curiosidad o el interés por el mundo andino, luego a una aproximación más intensa hacia él; al mismo tiempo, y por obra de los mismos trabajos y actitudes creo haber contribuido también a infundir en los lectores andinos, acaso una seguridad más conciente y lúcida en el valor de su tradición que antes era tenida como algo inferior. También procuré siempre mostrar la admiración que siento por lo criollo costeño”.*¹

Siete años antes, en 1959, había expresado con el mismo énfasis las intenciones detrás de su proyecto de vida. Lo hizo a través de una polémica epistolar con su amigo Enrique Congrains. Lo medular del intercambio fue aclarar la importancia que cada uno asignaba al sentido, al tema y a la forma dentro de la novela, también esclarecer el objetivo final de la literatura.

Congrains recibe una carta afectuosa y sincera de Arguedas haciéndole comentarios -positivos y negativos- a su novela *No una sino muchas muertes*², pues se había quedado sorprendido –más bien disgustado– por el estilo “perturbador” usado en la obra. Consideraba que por ser “artificial” impedía seguir el hilo de la narración. Junto a ello alababa el profundo conocimiento que mostraba el autor del mundo de las barriadas evocado en su novela, lo

cual se evidenciaba en los diálogos de los personajes. Congrains contesta a Arguedas explicándole que el objetivo fundamental al escribir la novela fue expresar un valor: el coraje; y que para conseguirlo consideró necesario privilegiar el estilo, desplegando denodados esfuerzos para que expresara el coraje.

Para Arguedas esta posición resultaba inconcebible. No admitía supeditar el estilo al mensaje, a la narración. Por eso, con afecto amical, le recuerda que es deber del escritor revelar una realidad, dar testimonio de ella, expresar fielmente las vivencias. Incursionar o ensayar novedades en el estilo con independencia del tema y del compromiso, es producto de la vanidad de un autor que ha olvidado su misión. “La obra –le recuerda– no es para nosotros mismos, para nuestro propio y personal regocijo; es para los demás... para revelar, para denunciar, para mostrar lo que no se sabe de nuestro pueblo y que es imperativo que se sepa”.³

Insiste en que los valores o ideales del escritor siempre aparecen en la obra pero no porque así lo haya planeado, sino porque brota del tejido misterioso de todas las vidas que aparecen en una novela. Escribir –le dice– es “como construir una ciudad: las posibilidades son infinitas; el curso de una novela te da una libertad tan inmensa para verter toda tu pasión, tu filosofía y tus experiencias y sabiduría, que la obra puede crecer infinitamente...”.⁴

Le aconseja, finalmente, trabajar en base a los recuerdos, ellos no restan valor testimonial a la obra, por el contrario, lo potencian. Le expresa, por último, el conocimiento directo de la población, aquel se que logra viviendo y sufriendo a su lado, es el mejor vehículo lograr una obra testimonial.

Ahora retrocedamos diez años más, a 1949; y nos encontramos a un Arguedas –recién recibido de etnólogo– que desde el Ministerio de Educación induce a todos los maestros de la sierra a que participen con sus alumnos en la recolección de mitos, cuentos, letras de canciones, o cualquier manifestación artística y cultural de sus pueblos de origen. Su objetivo era preservar del olvido los restos de la tradición oral del pueblo quechua, y difundirla. Lo logra precisamente al publicar los documentos que

los maestros le enviaron a Lima, con un estudio preliminar, suyo. Dos publicaciones de este género publica por entonces: *Mitos, leyendas y cuentos peruanos* (con Francisco Izquierdo Ríos) en 1947, y *Canciones y cuentos del pueblo quechua*, en 1949.

Volvamos a retroceder diez u once años más, 1928-1929, y esta vez encontramos a un joven Arguedas, preso en el penal “El sexto” por protestar en San Marcos contra la presencia de un militar italiano, que representaba al gobierno de Mussolini. Es precisamente desde este penal que escribe, de memoria, *Canto Quechua*, un conjunto de hermosas canciones que aprendió de niño y que considera encierran toda la poesía y belleza del habla quechua. Las publica tan pronto sale del penal. Explica en el prólogo, que nada lo ha inspirado mas que las hermosas letras y melodías, que desde niño internalizó convirtiéndolas en parte de su espíritu. Añade que esa publicación evidencia la constante creatividad del pueblo andino.

Entonces hemos visto hasta el momento a un escritor que siente una profunda admiración por las creaciones del pueblo quechua y que intenta, a través de sus investigaciones, recopilaciones y creaciones literarias, expresar con fidelidad este potencial.

Llegamos finalmente al año de 1929, Arguedas tiene 19 años y durante las vacaciones escolares visita la hacienda Viseca, en San Juan de Lucanas, propiedad de sus tíos José Manuel Perea y Zoila Peñañiel. Escribe dos cortos textos que expresan lo que es realmente el fundamento de su proyecto de escritor. Aquel proyecto al que, como vimos, trató de ser fiel durante toda su vida.

Uno de estos escritos lleva por título “¡Indio! novela”⁵, se trata de una narración (la misma que un año antes, en junio de 1928, había anunciado en la revista *Antorcha* que fundó con sus compañeros del Colegio Santa Isabel, de Huancayo). La narración evoca un episodio sucedido a un indio de una de las comunidades libres que circundan la hacienda Viseca; el indio se subleva ante el abuso de los gamonales y autoridades de la provincia. La sublevación del indio causa, primero desconcierto, luego ira, entre quienes lo vieron siempre sumiso. Lo curioso de esta narración es que los personajes aparecen con nom-



Parque-monumento en homenaje a José María Arguedas en Andabuyilas, su tierra natal.

bres y apellidos reales. De igual forma que los lugares geográficos. Esto evidencia muy claramente la intención de veracidad que tiene Arguedas desde el inicio de su proyecto de escritor, su deseo de mantenerse lo más fiel posible a las experiencias y dar testimonio imparcial de las mismas. Sólo será después de cuatro años cuando, en 1933, comience a publicar los cuentos contenidos en *Agua*, que personas y lugares aparecerán con nombres ficticios.

El otro texto que mencionamos encontrado en Viseca es un ensayo (esto prefigura justamente los dos géneros discursivos que Arguedas cultivará a lo largo de su proyecto: la literatura, como acabamos de ver, y el ensayo, género propio de su futura condición de etnólogo).

En el ensayo, luego de discutir las tesis sobre la condición del indio que suscriben destacados intelectuales y poetas, esgrime lo que considera la mejor prueba para convencer al lector de sus afirmaciones sobre el potencial de este grupo social: la propia experiencia. Apoya su palabra en las vivencias suyas en este medio social. “Yo he visto a más de hacendado azotar indios hasta dejarlos insensibles”, sostiene con énfasis para sustentar sus ideas.⁶

Podemos decir entonces que cuando Arguedas se lanza a escribir ya tiene un tema: el indio; y tiene un claro concepto de la manera como abordarlo:

con la verdad que proporciona la vida, que es la mejor manera de ser fiel a la realidad, de expresar verdades y no imágenes deformadas, antojadizas o inventadas. Desde los inicios de sus publicaciones hay una alta valoración de la experiencia directa, en tanto herramienta de conocimiento. La verdad más firme proviene de la vida, no proviene de lo que se lee en otros libros o lo que afirman terceros.

Ahora debemos detenernos unos instantes para explicar las implicancias epistemológicas encerradas en esta elección de Arguedas, en esta valoración de lo testimonial, de la verdad encerrada en la vida.

Cuando se institucionalizan las ciencias sociales en Europa, en Francia, más precisamente, durante el siglo el siglo XIX, el modelo de ciencia que primaba era aquel modelo positivista difundido por Comte, el filósofo francés fundador de la sociología. Para él, y toda una generación deslumbrada por los grandes progresos al interior de las ciencias naturales, las verdades a las que debía aspirar la sociología eran aquellas que provenían de la aplicación rigurosa de la misma metodología que usaban las ciencias naturales: el planteo adecuado de hipótesis sobre la realidad y la contrastación de aquellas a través de las pruebas.

Con este mismo modelo de ciencia, las ciencias sociales se institucionalizan o academizan en nuestro medio a fines de 1950.

Arguedas, después de estudiar Literatura en la década de 1930, en San Marcos, regresa nuevamente a esta universidad para estudiar una rama de la Antropología que es la Etnología. Y, por lo tanto, estaba perfectamente familiarizado con la metodología científica que se exigía a todo trabajo antropológico que se preciara de científico. Sin embargo, consideramos que estaba más convencido, aunque en su fuero interno, que había una verdad (o una experiencia de verdad) más firme o más convincente: aquella proveniente de la experiencia directa, cuando por parte del sujeto conocedor hay un esfuerzo de ser fiel a la realidad, o, para usar los términos del mismo Arguedas, cuando hay una intención de “juzgar con lucidez”.⁷

Ahora bien, paralelamente a lo que ocurría en Francia con el positivismo y el endiosamiento de la razón y del método científico, en Alemania surgieron representantes de otra forma de entender la verdad al interior de las ciencias sociales.

Wilhelm Dilthey, el filósofo fundador de las ciencias históricas o ciencias del espíritu (ciencias sociales, en buena cuenta), afirmaba que en estas disciplinas no se podía pretender aplicar el método de las ciencias naturales pues el objeto de estudio –los hombres viviendo en sociedad– era totalmente diferente a los objetos materiales o a las fuerzas físicas que estudiaban las ciencias naturales. Sostenía que la herramienta fundamental era la comprensión de la vida, la comprensión vivencial. De esta manera, ponderaba el conocimiento de los poetas y de los artistas pues debido a su gran sensibilidad y fina imaginación podían lograr ajustados conocimientos de su mundo social circundante.

Dilthey expresó estas ideas en un libro, *Vida y Poesía*⁸, que Arguedas leyó y subrayó. Un libro que lo impactó al punto de citarlo en un ensayo muy importante titulado “La sierra en el proceso de la cultura peruana”.⁹

Basado en la obra de Dilthey, el sociólogo alemán Max Weber defendió la pertinencia de una sociología comprensiva donde la comprensión de las vivencias propuesta por Dilthey era la herramienta epistemológica y metodológica más indica-

da.¹⁰ Propuesta que hasta nuestros días tiene plena vigencia.

Y otro filósofo alemán, Alfred Schütz, analizó exhaustivamente las bases epistemológicas de la comprensión weberiana a la luz de los principios que por entonces Edmund Husserl desarrollaba acerca de la trascendencia del mundo de la vida, y de aquellos principios de Henri Bergson acerca del “elan vital” y del recuerdo.¹¹ Sostuvo Schütz que la comprensión, el instrumento que usan todos los hombres en su vida diaria, es el mismo instrumento que usa el sociólogo en sus investigaciones académicas. Expresó que la única diferencia entre un sociólogo y un hombre común es que el sociólogo intenta comprobar sus interpretaciones, en tanto el hombre común las usa tal cual las concibe pues sólo le interesa comunicarse exitosamente con los demás, no busca probar nada.

Además, Schütz nos dice algo muy importante relacionado a las condiciones de Arguedas para aprehender la sociedad de su entorno. Nos dice que la posición que adopta el científico social frente a la sociedad que estudia es la misma que adopta un forastero cuando llega por primera vez a un medio social desconocido pues debe interpretar gestos, conductas, descifrar códigos. Este precisamente es el trabajo que hace diariamente el sociólogo cuando toma su un determinado contexto social como objeto de estudio.

Todos sabemos la vida itinerante del padre de Arguedas, juez de primera instancia, que obligó a sus hijos a mudar constantemente de residencia. Por lo tanto, desde niño, Arguedas se vio obligado a observar conductas y descifrarlas para integrarse exitosamente al medio social al que llegaba.

Sostenemos entonces que Arguedas practicó la comprensión vivencial desde muy temprana edad y que, gracias a sus condiciones particulares (sensibilidad, agilidad de espíritu, imaginación, interés), y a las características de su biografía (alternancia de mundos sociales, forasterismo), llevó esta herramienta a sus mayores potencialidades, alcanzando a construir imágenes muy finas de las sociedades donde vivió. Imágenes precisas de la estratificación

social, de los mecanismos de poder, de los procesos de modernización y cambio social; de las causas por las que unos grupos dominan a los otros.

Su imaginación –o el ensimismamiento del que hablan quienes lo conocieron durante su infancia y adolescencia– le permitió trasladarse a otros psiquismo e imaginar las motivaciones del otro. Las motivaciones del *misti* al despreciar al indio, o las del costeño frente al serrano, por ejemplo; también las motivaciones del indio al resistir la subordinación y maltrato, sus ambiciones e ideales.

La alternancia de mundos sociales que vivió desde niño (la cocina con los sirvientes indígenas) y el comedor principal (entre los *mistis*, donde era llevado cuando venía el padre de visita) le permitió acrecentar su interés en descifrar los códigos de conducta de los diferentes actores sociales. Había en este prematuro interés, poderosos afectos pues le dolía profundamente ser testigo del maltrato a quienes lo protegían y le brindaban la ternura que necesitaba para mitigar su sentimiento de orfandad.

Este interés se acrecienta cuando experimenta en carne propia el desprecio de la mayoría de la sociedad peruana hacia el indio y hacia el serrano. Ello ocurre cuando llega por primera vez a Ica, a estudiar al Colegio San Luis Gonzaga.

A pesar de que son largamente conocidos los testimonios de Arguedas de esta época, vale la pena recordarlos ahora. Nos cuenta que cuando presentó su libreta de notas del Colegio de Abancay con varios veintes, al director del Colegio de Ica, de apellido Bolívar, éste se burló al comentar que en la sierra ponían altas calificaciones por recitar un verso cualquiera. Que esta burla lo hirió al punto que decidió batir el récord de veintes de ese colegio, lo cual logró en el segundo año de secundaria. Porque era orgullo de serrano defender su valía.¹²

Algo similar sucedió con la niña de la que se sintió enamorado y a la que escribió hermosos acrósticos: “Cuando estuve en Ica, estuve muy prendado de una chica que era pariente de la señora en cuya casa estábamos de pensionistas y me rehusó por serrano”.¹³

Consideramos que estas experiencias de discrimi-

nación agudizaron su interés por meditar acerca de los fundamentos de los prejuicios, acerca de las bases del racismo y el autoritarismo, y en este quehacer, Arguedas fue elaborando cuadros muy precisos de temas como la estratificación social, la dominación, las bases históricas de la dominación, el peso de elementos como la propiedad o la educación, etc.

Entonces, como anunciamos, vemos que las cualidades naturales de Arguedas para la comprensión de las demás personas, para adivinar con imparcialidad y acertadamente sus íntimas motivaciones así como las circunstancias particulares de su biografía contribuyeron a desarrollar sus capacidades para conocer la realidad social, para plantearse interrogantes sobre estos temas y construir imágenes precisas al respecto, las cuales irá expresando en sus diferentes producciones.

Sin embargo, en 1965 hubo un hecho que socavaba gravemente esta seguridad de Arguedas en el conocimiento vivencial: un conjunto de científicos sociales y de literatos criticaron duramente su recientemente aparecida novela *Todas las sangres*.¹⁴ La acusaron de presentar imágenes deformadas de la realidad, de evocar una realidad social ya superada pues en la sierra no habían más indios como presentaba Arguedas, sino campesinos jornaleros, en proceso de proletarización. Sostuvieron también que la difusión de los ideales que Arguedas planteaba en esta novela (la posibilidad de que los valores de la cultura andina se preservasen y aportasen en la futura sociedad peruana) era perjudicial pues retrasaría los procesos de cambio social.

Luego de escuchar este conjunto de críticas Arguedas esgrimió su mejor herramienta. Expresó enfáticamente que si lo que él planteaba en su novela sobre la sociedad andina era falso, entonces “he vivido en vano o no he vivido”.¹⁵

Después de este golpe Arguedas se recupera, y vuelve a confiar en la agudeza y valor de sus vivencias. Inicia la redacción de su última novela: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, novela que comentaremos enseguida para terminar esta intervención.

Consideramos que Arguedas fue afectado por las críticas recibidas a su novela *Todas las sangres*, por

eso mismo se esmeró en conocer profundamente la realidad social del puerto de Chimbote que expresaría en su nueva novela. Realizó continuos viajes al puerto, aplicó encuestas, grabó largas entrevistas a diversos pobladores, de diferentes estratos sociales y de distinta procedencia. Conversó y trabajó amistad con los líderes sindicales de mayor poder y autoridad, lo mismo que con pobladores barriales y dirigentes de diferentes asociaciones. También estudió con detenimiento estadísticas sobre la economía y la población de la región.

A pesar de todo lo anterior encontramos varias manifestaciones suyas en las que expresa la inseguridad que siente frente a sus conocimientos de Chimbote. Los cree insuficientes, piensa que no llega a desentrañar los mecanismos que rigen la vida social en una ciudad trastocada por el *boom* de la pesca.

Consideramos que la terapia que paralelamente sigue Arguedas con la especialista chilena Lola Hoffmann, lo ayudará a mitigar la angustia paralizante que se apodera de él por estos años; también a vencer gradualmente las inseguridades acerca de sus conocimientos sobre Chimbote, y a escribir la novela. Confiará nuevamente, aunque de distinta manera, en sus experiencias, en sus capacidades para comprender a los habitantes de Chimbote, para interpretar sus sueños y esperanzas. Lo cual plasma con maestría en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

El contacto con Lola Hoffmann influye, así mismo, según testimonios suyos, a volcar sus conflictos personales en un diario y, luego, a incluir éste en su novela. En esos diarios irá describiendo el proceso que lo conduce a la muerte.

Pensamos que el contacto de Arguedas con el método terapéutico junguiano y con los principios del mismo autor sobre el inconciente colectivo, usados explícitamente por Lola Hoffmann, lo habrían animado a introducir en su novela no solo a personajes míticos provenientes del manuscrito de Avila del siglo XVI, que traduce en 1966,¹⁶ sino esquemas y figuras de procedencia onírica, como aquel de los diez huevos que usa uno de sus personajes.

En esta última gran novela, Arguedas dejó un testimonio de la forma como la verdad entendida en

tanto experiencia de la vida, le permitió alcanzar extraordinarios conocimientos del mundo social y captar los sueños e ilusiones de la población, potenciando en todo ello sus grandes logros como narrador. Llega al extremo de hacer coincidir la verdad del discurso, o de la creación y la vida; cuando decide ligar indisolublemente el fin de la novela con el fin del autor.

NOTAS

- 1 Arguedas, José María, *La Literatura como testimonio y como una contribución*, Serie Perú Vivo, Lima: Mejía Baca-Villanueva, 1966, p. 10.
- 2 Carta de Enrique Congrains a José María Arguedas del 29 de diciembre de 1958. En Pinilla, Carmen María (ed), *Apuntes inéditos. Celia y Alicia en la vida de José María Arguedas*, Lima: PUCP, 2007, p. 231-233.
- 3 *Ibid.*, pp. 241-242.
- 4 *Ibid.*, p. 250.
- 5 FORGUES, Roland (ed.), *Arguedas. Documentos inéditos*. Lima: Amauta, 1995.
- 6 *Ibid.*, p. 59
- 7 Desarrollamos estos conceptos en nuestro libro *Arguedas: conocimiento y vida*, Lima: PUCP, 2011.
- 8 Wilhem Dilthey, *Vida y poesía*, México: FCE, 1946. En la repisa de la oficina que ocupaba Arguedas en lo que se llamó Museo de la Cultura Peruana (en la Av. Alfonso Ugarte), encontramos la serie de obras de Dilthey, prologadas y traducidas por Eugenio Imaz y publicadas en 1946. Algunas de estas obras estaban subrayadas por un lector interesado en las partes en que Dilthey sostenía la superioridad del conocimiento vivencial sobre el conocimiento científico.
- 9 José María Arguedas, "La sierra en el proceso de la cultura peruana", *La Prensa*, Lima, 25 de setiembre de 1953, p. 2.
- 10 Ver de Max Weber el primer capítulo de su *Economía y sociedad*, (México: FCE, 1983), donde define lo que es la "acción social" y la forma como podemos conocer las motivaciones de los sujetos con quienes interactuamos.
- 11 Alfred Schütz, *Fenomenología del mundo social*, Buenos Aires: Amorrortu, 1966.
- 12 José María Arguedas "Como me hice escritor", en Godofredo Morote Gamboa (ed.), *Las motivaciones del escritor*, Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal, 1989.
- 13 José María Arguedas. Entrevista de Sara Castro-Klaren, *Diario La República*, Lima, 23 de noviembre de 1983.
- 14 Ver de Guillermo Rochabrun (ed), *La Mesa Redonda sobre "Todas las sangres"*, Lima: IEP, 2000. También la segunda parte de mi libro *Arguedas: conocimiento y vida*, Lima: PUCP, 1994.
- 15 Guillermo Rochabrun (ed), *La Mesa Redonda sobre "Todas las sangres"*, *Op. cit.*, p. 38.
- 16 José María Arguedas, *Dioses y hombres de Huarochirí*, Lima: IEP, 1966.